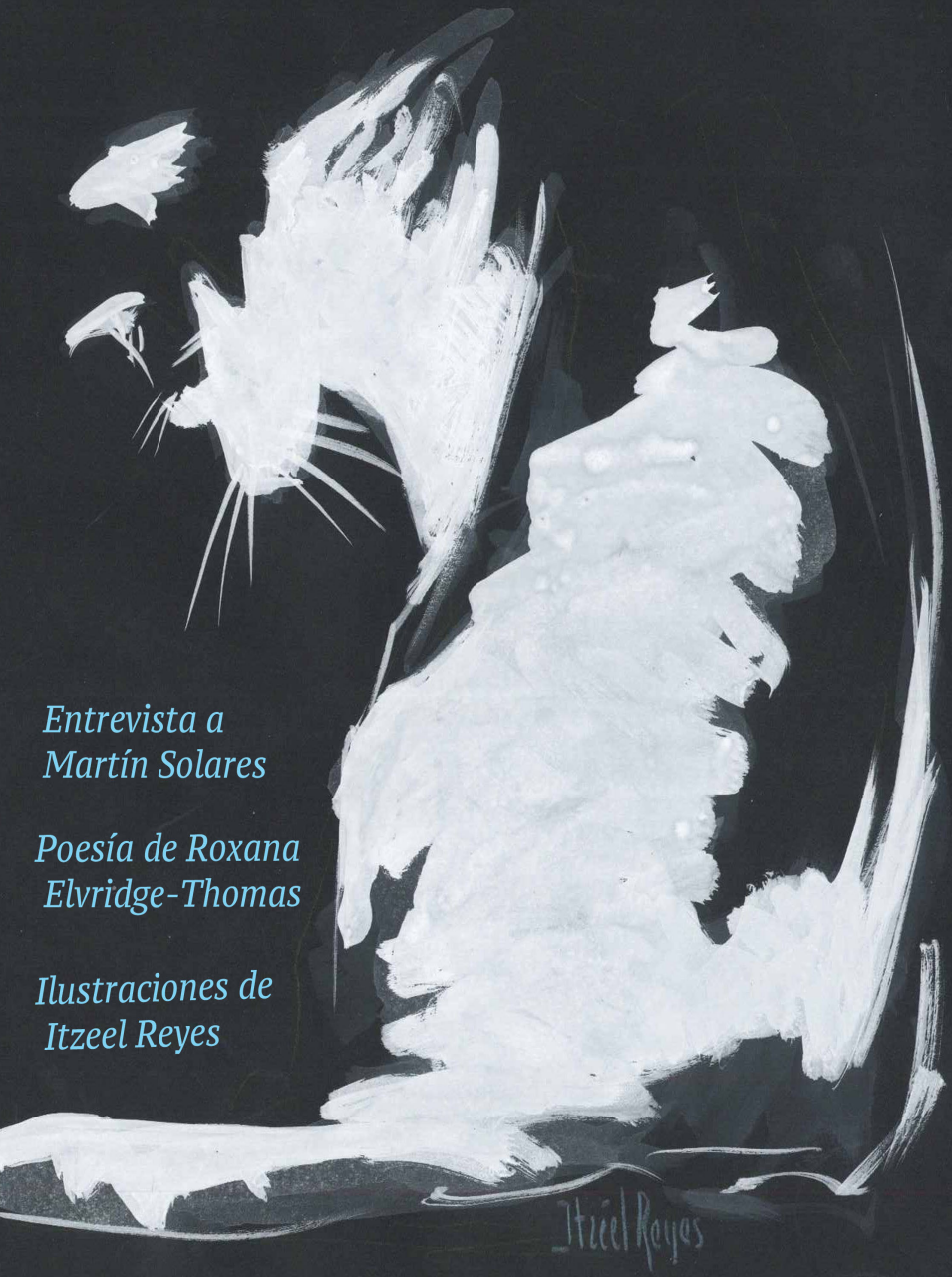
Gargantúa

Revista Literaria



Entrevista a Martín Solares

Poesía de Roxana Elvridge-Thomas

Ilustraciones de Itzeel Reyes

POESÍA - CUENTO - ENSAYO - ENTREVISTA - ILUSTRACIÓN


Itzel Reyes

Universidad del
Claustro de Sor Juana

Mtra. Carmen Beatriz López-Portillo Romano
Rectora de la Universidad del Claustro de Sor Juana

Dr. Rafael Tovar López Portillo
Vicerrector de Enlace Institucional

Lic. Guillermina Torres Savín
Vicerrectora Académica

Mtra. Dulce María de los Ángeles Nieto de Pascual Pola
Vicerrectora de Planeación

Dr. Fernando Montoya Vargas
Director del Colegio de Filosofía y Letras

Roxana Adriana Elvridge-Thomas Santillán
Coordinadora editorial de Gargantúa

Equipo Gargantúa:

Isabel Del Valle Gutiérrez
Diego Eaton Gil
María Fuentes Guevara
Sara Odalys Mendez Pérez
Raúl de Jesús Pichardo Bogard
María Fernanda Quintero
Audrey Omar Rodríguez Olivares
Carlos Yabib Salinas González
Rocío Fernanda Tapia Arriaga
Aimée Carolina Valenzuela Ortiz
Guadalupe Donají Zavaleta

Ilustración de portada:
Itzeel Reyes

Ilustraciones de interiores:
A.Perrillat e Itzeel Reyes

Colaboradores: A.Perrillat, Isidro Gómez Vargas, Santiago Gómez, Mateo Mansilla Moya, Luis Moisés Palacios Escobedo, Ghada E. Martínez Caballero.

ISSN en trámite, Gargantúa (año 1, No. 1, junio-agosto 2017) es una publicación trimestral organizada y editada por alumnos de la licenciatura en Escritura Creativa y Literatura del Claustro de Sor Juana. Las opiniones expresadas por los autores son responsabilidad suya y no necesariamente reflejan la postura de la institución ni del equipo editorial.

Presentación

Maullidos, bufidos y ronroneos impregnan nuestra primera entrega de Gargantúa, aventura editorial en la que nos embarcamos un grupo de alumnos y un par de profesoras de la Universidad del Claustro de Sor Juana con el afán de ofrecer una revista literaria de calidad, emanada de la comunidad de la cual formamos parte.

En este primer número, hemos elegido como tema eje a los gatos, personajes siempre presentes entre los muros de nuestra universidad que nos transmiten, su deseo de conocer, su curiosidad, su elogio de la inteligencia, su espíritu relajado, su gusto por el humor, su elegancia y belleza. Hemos recibido colaboraciones entre las que se figuran un par de cuentos buenísimos, poemas, columnas y reseñas de nuestros colaboradores que versan sobre temas gatunos y misceláneos, como una reseña sobre Catedral de Raymond Carver, una reflexión sobre la muerte del Quijote, otra sobre Monsiváis, una reseña falsa sobre una obra de teatro a la manera de los cuentos de Borges y una entrevista con Martín Solares.

En resumen, la curiosidad gatuna nos guía en esta primera entrega de Gargantúa, con la que esperamos que tú, querido lector, te lamas los vigores.

—Roxana Elvridge-Thomas

Señorita Kate,

Soy yo, Pelusi. NECESITAMOS hablar. La semana pasada trajiste un artefacto de tortura con forma de pico de unicornio y me lo pusiste EN LA CABEZA. Fui la burla de mis amigos TODO EL DÍA. Espero te quede claro que esto no puede volver a suceder.

También tengo quejas sobre el REPUGNANTE cereal seco con el que tengo que subsistir mientras yo te veo comer pescado y carne. NECESITO UN CAMBIO DE DIETA. Cada vez enflaco más.

El más ridiculizado gato de la casa, PELUSI.



Por: A. Perrillat

Los gatos del caos: el ronroneo de Monsiváis

Por: Isabel del Valle

Han pasado cerca de siete años desde que perdimos a Monsiváis. El 19 de junio del 2010 nos despedimos de unos grandes bigotes, unos ojos de media luna y unas garras afiladísimas. Con una corte de más de diez gatos y un ejército de libros, una de las figuras más importantes de la cultura mexicana se fue para siempre. Carlos Monsiváis, el cronista contemporáneo de la Ciudad de México, siempre escuchado – y leído– aún por quienes lo repudiaban, habló no con la pretensión de los que se saben escuchados, sino con la fuerza de los que tienen algo que decir y no pueden permanecer en silencio.

Monsiváis es, y será, recordado por sus opiniones, su amor hacia nuestra ciudad y por su naturaleza gatuna. Porque, ¿acaso no es esta misma naturaleza lo que lleva a un cronista —o a cualquier escritor— a la excelencia? Bien podría ser el rigor académico con el que debe trabajar su técnica, o la imaginación[1] con la que puede crear conexiones entre una u otra cosa; pero, al menos en Monsiváis, que tenía todo lo anterior, era su capacidad de observación, elemento totalmente gatuno, junto con su curiosidad, lo que lo llevaba a no solamente mirar eso que había en las calles o en las costumbres del país, sino a ir como Leono y *ver* más allá de lo evidente[2]. Lo que los demás apenas tomaban en cuenta era lo que más capturaba la atención de

1 Comprendiendo la imaginación de la manera en la que lo hacen Baudelaire y Didi Huberman, como "una facultad cuasi divina que permite ante todo, [comprender] fuera de los métodos filosóficos, las relaciones íntimas y secretas de las cosas, las correspondencias y las analogías". Baudelaire, en Didi Huberman, Atlas. *¿Cómo llevar el mundo a cuestas?*, p. 16.

2 El no poner esa referencia hubiese sido imperdonable. Recordemos a Leono y su "Espada del augurio, déjame ver más allá de lo evidente".

Monsiváis.

Entonces, siendo así, ¿quién mira como gato y quién pretende hacerlo? ¿Quién es el que ve más allá de lo evidente? Debe ser, por ende, alguien con la curiosidad suficiente como para nunca dejar de explorar. Esta curiosidad se mostrará ante el gato-escritor como una necesidad exigente y sedienta que lo llevará a recorrer incansablemente calles y colonias, cafés y parques, ciudades y países. Explorará hasta que no quede nada por ser visto y, cuando termine, comenzará la misma aventura de nuevo. Aún si creyera haberlo visto todo o sintiera no haber visto nada, algo llamaría su atención. Serán las personas gritando, una simple piedra que sobresalga del resto, un pájaro a punto de remontar el vuelo, una puerta inmensa como anunciando la entrada al más profundo averno. No podrá despegar la mirada, tendrá que volver a ese objeto una y otra vez hasta que lo tenga memorizado, hasta que lo sueñe, lo construya y lo deconstruya todos los días. Se asemejará a un gato al acecho de su presa.

El carácter de Monsiváis lo llevó a construir un vínculo sólido con otros gatos, una mafia que lo observaba con ojos brillantes y atentos. Creó, incluso, una asociación protectora: la organización *Gatos Olvidados*, que aún ahora continúa en funciones. La hizo para sus colegas, gatos en cuerpo y alma. Quizá nosotros, aprendices, aunque sólo en espíritu, también necesitemos ser ingresados ahí para poder aprender las virtudes gatunas: "*Organización Gatos Olvidados* para escritores o proto escritores con necesidad de una sonrisa amiga y un café todas las mañanas". Ahí pasaríamos el tiempo analizando a los que fueron como Monsiváis: cientos de grandes gatos. Crearíamos nuestra propia sociedad y, sin ánimo de ofender (aunque a un gato, un gato verdadero, tampoco le importa ofender a nadie), no se aceptarían perros.

El viaje para convertirse en un gran gato depende de lo mucho que se afilen las garras cada día: de lo mucho que uno observe, lo mucho que uno explore y lo mucho que uno escriba. Monsiváis no se quedó jamás meramente en la observación, un problema grave al que se enfrentan algunos escritores. Si

veía algo que le interesaba, escribía al respecto. Si algo le enojaba, escribía, escribía, escribía o fundaba una organización. Se hacía escuchar. No podía ni quería mantenerse callado. Los gatos van hacia lo que quieren. Lo observan, lo ven, juegan con la idea de acercarse y terminan haciéndolo. Por esto no debe sorprendernos que sean muchos los escritores que prefieran su compañía.

El gato libre, el curioso, el observador, el vagabundo, el que duerme si quiere y huye si quiere también. El gato que dice lo que se le pega la gana sin miedo. El gato escritor. Porque todo el que escribe debe necesariamente tener alguna de estas características para prestarse a la tarea de la escritura. Ya nos hablaba Rilke en *Cartas a un jóven poeta*, sobre la importancia de *ver* lo que nos rodea, hacerlo con ojos de gato, si prefieren entenderlo así.

Así, pues, seamos gatunos.

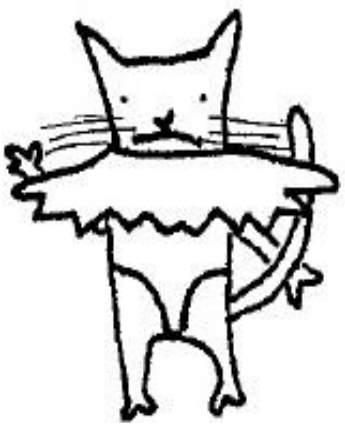
Dan,

ESCUCHA, NIÑO, yo sé que no tienes con quién jugar pero NO SOPORTO que me encierres en tu cuarto y me vistas CON LA ROPA DE TU HERMANITA

Tampoco me gusta que me sientes frente a un cuaderno, esperes que resuelva las sumas que me pones y que me jales la cola cada vez que no contesto.

Lo peor es que tu mamá NO escucha mis maullidos.

Tu desesperada mascota, Filiberto (a veces Filiberta).



Por: A. Perrillat

Las gatas domésticas:
El *Teatro especular* de Antonio Meraz (pronunciado Mé-hga)

Por: Diego Eaton Gil

21 de noviembre de 2016

"San Pedro Garza García es el municipio más rico de México[1]. San Pedro, no me hagas decirlo completo, tiene el único Palacio de Hierro en el estado, un alcalde que se cree Bruno Díaz[2], gente trabajadora, una playa propia en Texas y también esclavas domésticas", me dice Antonio Meraz (pronunciado *Mé-hga*), un analista financiero sampetrino con quien platiqué vía telefónica sobre una multitud de temas, como el crecimiento de la comunidad artística del municipio y el novelista Émile Zola[3]. Además de su profesión diurna, y haber escrito un par de textos[4], Antonio ha incursionado en la dramaturgia por las noches. Su *opera prima* se estrenó la semana pasada en el Centro Cultural Plaza Fátima. Es una adaptación de *Las sirvientas* (o *Las criadas*, dependiendo la traducción), del poeta y dramaturgo francés, Jean Genet, que tituló *Las gatas domésticas*. En la obra de Genet, dos sirvientas juegan

1 Una nota del *El Financiero* llamó a San Nicolás de los Garza como el municipio líder del rating de *Standard and Poor's* en este año, lo que ocasionó confusión e indignación en algunos sampetrinos. (http://www.elfinanciero.com.mx/economia/este-es-el-municipio-mas-rico-del-pais.html).

2 Antonio asegura que es un rasgo sampetrino.

3 Particularmente sobre la carta abierta que dirigió al presidente francés en 1898 titulada "*J'accuse...!*".

4 El primero es un artículo técnico sobre la posibilidad de enriquecer el ajedrez eliminando uno de los peones de torre. Antonio propone, recomienda, discute y acaba por rechazar esa innovación. Posteriormente, eliminó el artículo cuando se percató que el texto estaba idéntico, palabra por palabra, al del autor Pierre Menard. El segundo es un artículo en donde habla sobre las imprentas en Francia del siglo XVIII, dato más lejano que se tiene sobre su linaje. Su apellido provendría entre dos posibilidades: el de un burgués y el de un obrero, pero descarta la del último.

a ser la señora de la casa mientras ella se ausenta. En ese juego, al que llaman "Ceremonia", hay un desprecio, una repugnancia hacia sí mismas. "Odio a los criados", dice Clara pretendiendo ser la *Señora*, "odio su casta odiosa y ruin. Los criados no pertenecen a la humanidad, se infiltran". En su adaptación, Antonio acentúa el rasgo existente en la obra de Genet de confundir las convenciones y cuestionar la identidad: "Hace tiempo que ha hecho inútiles las mentiras, ¡las dudas que llevan a la metamorfosis!" Antonio asegura ser el único sampetrino que sabe distinguir un Manet de un Monet.

Antonio: Hay gente que las llama gatas.
Diego: Pero no podríamos decir que son la mayoría, ¿o sí?

Antonio: Mira, digamos que no lo son. Seguramente no lo son, pero quiero decir que si uno las llama así, otro no se espanta y el día continúa. Me preguntabas hace unas horas sobre la razón por la que decidí adaptar la obra de Genet. Hace unos meses me topé en Facebook una publicación en donde se exponía una conversación entre usuarios de una página que funciona como bolsa de trabajo para empleadas domésticas. Te la voy a leer, dame un segundo. Dice: "Nunca las dejen encerradas, qué tal si hay una fuga de gas o incendio, se les mueren ahí". Otra dice: "Conmigo viene tres días a la semana y también la dejo encerrada, pero sí puede salir al patio. De mis mayores temores es que se le escape mi perro"; "En el patio no les pasa nada. Claro, si mi patio es grande, no uno mini mini". ¿Entiendes? Si checas en Wikipedia la página del municipio, verás que una de las fotos es una mansión encima de una colina y en la leyenda dice "Mansión: típica vivienda sempiterna", lo que corrobora el tamaño del patio.

D: Sampetrina, querrás decir.

Antonio: Claro. Entonces, decidí adaptar la obra de Genet utilizando

dos gatas para el papel de Clara y Solange. Pero como viste, el municipio no estaba listo para esto. Comencé a leer sobre los gatos, para ver cómo escribiría su psicología. Robert Darnton recupera una anécdota sobre una matanza de gatos que hubo en la *rue Saint-Severin* en París, en el siglo XVIII. Como ya sabes, los gatos simbolizaban la brujería, la demonología, etcétera, pero no sé si sabías que también se usaban para cuestiones medicinales. Mira, déjame te leo un pedazo del libro de Darnton, dame un segundo: "Figuraban como ingredientes comunes. Para recuperarse de una caída grave, el enfermo chupaba la sangre de la cola de un gato recientemente amputada. Para aliviarse del cólico, se mezclaba vino con excremento de gato". Es increíble. Entonces, como te decía, eran símbolos de brujería, por lo que era común matarlos en carnavales, en el *Mardi Gras*, etcétera. Bueno, no sólo matarlos, sino teatralizarlos: ahorcarlos en un patíbulo, raparlos y fingir que eran sacerdotes, por decir algo. Entonces en la anécdota menciona que unos *alloués*, es decir empleados "en alquiler", es decir impresores no calificados, ocasionan una matanza de los gatos del patrón. No sé, digamos que eran veinte. Léveillé, uno de los *alloués*, tenía un extraordinario talento para imitar voces, entonces por la madrugada, como represalia por la imposibilidad de dormir debido al ruido que hacían, se sube al tejado de los patrones y comienza a maullar. Esto lo repite un par de noches, lo que hace que los patrones ordenen que se deshagan de los gatos. Ellos lo hacen con la misma teatralidad acostumbrada en los carnavales de la época y Léveillé se convierte en un héroe de la imprenta por dramatizar la escena en el taller ante los demás obreros. Este acto es un símbolo, como dice Nicolas Contat, quien fue el que documentó la anécdota recuperada por Darnton: "Los patrones aman a los gatos, y por consiguiente ellos", es decir los obreros, "tienen que odiarlos." Además de brujería, los gatos simbolizaban algunos aspectos de la sexualidad. Esto me llevó naturalmente al *Olympia*, de Manet. Como tú sabrás, Manet se basó en el cuadro de Tiziano, llamado *Venus de Urbino*, pero hizo dos cambios cruciales: agregó una sirvienta negra y reemplazó al

perrito que aparece dormido a los pies de la cama por un gato negro erizado. Ahora, esto es lógico si pensamos en la época. Regreso a Darnton: "*Le chat, la chatte, le minet* significan lo mismo en el argot francés que *pussy* (vagina) en inglés, y han servido como obscenidades durante siglos". Mira, ahora vayamos a un artículo de Grigsby, llamado "*Still Thinking About Olympia's Maid*", dice, dame un segundo: "*To signal Laure's status as worker rather than slave, Manet renders her chaste, but in so doing he represses the fact that prostitution, domestic service, wet nursing, and modeling were far from mutually exclusive jobs in nineteenth-century Paris*". Entonces, yo me pregunto si los sempiternos que les dicen gatas a las sirvientas lo hacen porque les gusta pensar que pueden someterlas sexualmente en cualquier momento, pero se niegan porque les repugna la idea. Recuerda lo que dice Clara en la obra de Genet: "Odio a los criados", etcétera, etcétera, "son una exhalación que se estanca en nuestras habitaciones...". ¿Recuerdas? Fue una lástima la falla con los diálogos en la premiere, pero bueno, quizá me faltó ensayar más con las gatas, o quizá debí reescribir la obra con un lenguaje más apropiado, más felino. Son cosas que iré mejorando. En fin, tenía que hacerlo. Me refiero a utilizar a las gatas para Clara y Solange. Como dice Sartre en su reseña sobre la obra de Genet: "La feminidad sin mujer: eso es lo que Genet quiere presentarnos." Y en el ensayo también cita al mismo Genet: "Si tuviera que hacer representar una pieza teatral en la que actuaran mujeres, exigiría que ese papel estuviera a cargo de adolescentes y se lo advertiría al público por medio de un cartel que permanecería clavado a la derecha o a la izquierda del escenario".

La *opera prima* de Antonio Meraz, *Las gatas domésticas*, (pronunciado *Méhga*) fue un fracaso. Es posible que el público sampetrino no estuviera preparado, como lo dice, pero también es posible que la causa haya sido su pobre ejecución: las gatas olvidaron los diálogos: se pasaron la mayoría del tiempo maullando, seguramente en referencia a la anécdota de Contat; en una ocasión, *Grise* (la gata que representó a Clara) se bajó del escenario para

sentarse en el regazo de un espectador, no sin antes rozarle las piernas por unos minutos; *Aboje* (Solange) cuando debió entregar el té de tila a Clara en el clímax de la obra, decidió mejor estirar la patita trasera izquierda para lamerse la entrepierna. Es difícil precisar en dónde se comenzó a derrumbar la obra. Cabe destacar la buena actuación de la *Señora*, por Margarita Bellanger, quien no solamente recordó todas sus líneas, sino que tuvo que enunciarlas mientras acariciaba a *Grise* para evitar que escape del escenario.

Quizá *Las gatas domésticas* habla más de Antonio que del clasismo en San Pedro Garza García. Lo cierto es lo siguiente: entre los comentarios negativos de los espectadores que predominaron al final, rescato el diálogo entre una pareja que ya conocía la obra de Genet y que salió un poco decepcionada: "No hay nada nuevo, es la misma puesta en escena que vimos en París hace unos años, pero con malas actrices", y al recordar esto, las palabras de Antonio encallaron en mi cabeza, como una exhalación que se estanca en las habitaciones: "Mira, digamos que no lo son. Seguramente no lo son, pero quiero decir que si uno las llama así, otro no se espanta y el día continúa".

Antonio: Lo he llamado *Teatro especular* porque es un reflejo que rebota entre dos espejos: una gata actuando como una sirvienta que al mismo tiempo actúa como su hermana cuando ambas crean una ceremonia en donde pretenden matar a la patrona, pero que el tiempo constantemente frustra, como pasa en los mejores sueños. Nada en el teatro es real, sería absurdo pensar que lo es. Pero *Las gatas domésticas* se aproxima a eso de una manera infinitesimal.



Media hora

Por: Isidro Gómez Vargas

Las dos manecillas apuntan juntas al cielo. Carmen saca la cacerola de barro para guisar las alubias, esa enorme y esmaltada que compró hace años sobre la carretera México-Texcoco. Siempre hace mucha comida: la costumbre ha perdurado pese a la ausencia de sus hijos. "Cualquier día se les ocurre venir con sus familias y aquí siempre tendrán sus platos listos", razona Carmen.

Alfredo mira las noticias de espectáculos que jura no le importan, pero nunca se pierde. Al alcance de su mano tiene el control de la tele y una cuba. En su regazo, Bicho con los ojos cerrados. Deja pelos por los rincones y le hace maldecir a Carmen: "chingado gato", más de una vez al día. Tiene diez años y sus bigotes se inclinan cansados; llegó antes de que naciera el último nieto de Carmen y Alfredo.

—¿Ya viste quién es el nuevo conductor? —grita Alfredo.

—No te oigo, amor. Ya mero está la comida —responde Carmen desde la cocina.

Le pone la tapa a la cacerola. Después pica cebolla, chorizo y salchichas. Alfredo no insiste en la conversación. Carmen hace todo con delicadeza. Su vista menguada la complementa con la práctica que deja toda una vida como ama de casa.

Otro traguito de cuba y Bicho brinca al piso, se sacude el lomo. Alfredo sonríe, orgulloso del peludo. ¡Tantos años juntos! Alfredo siente que tiene mejor comunicación con él que con su propia mujer. "Quién sabe qué tanto sueñas mientras duermes que siempre me pateas", se ha quejado Carmen. "Ya no me soportas, mujer, pero soy tu esposo. Aguántate", le reclama Alfredo. Desde hace dos años comparten habitación, mas no las sábanas. Cada uno duerme en su cama individual.

—Me habló Fabián, ¿sí te conté? —grita Carmen.

—¿Y qué te dijo?

—Que la próxima semana me puede llevar al hospital para la operación de mi catarata.

Alfredo se ríe de un comercial.

—Ya no saben qué inventar en la tele, ¿verdad?

Carmen quisiera que su esposo comprenda que ya están viejos los dos. "Ni ha de entender qué son las cataratas", piensa. En el fondo desea que aceptara irse a vivir con uno de sus hijos, pero Alfredo no quiere dejar la casa. "Además Bicho no se va a adaptar a otro lugar. Igual y cuando muera ya lo consideraremos", él explica. "Pero si nos vamos a morir antes que ese condenado gato", piensa Carmen pero nunca lo dice.

Unos enormes ojos de gato se fijan en la mesita de los ingredientes que faltan por echar al caldo. Un maullido suplica.

—No te daré nada, gato. ¡Vete!

—¿Dijiste algo, mujer? — grita Alfredo. Voltea hacia la cocina y le divierte observar la travesura del felino.

—No dije nada. Estás loco.

En la olla que hierve, Carmen echa cebolla, chorizo y salchichas. Falta algo.

—Alfredo, ¿viste el tocino?

—Si no me he movido de aquí, mujer, ¿cómo voy a saber?

—Ha de haber sido tu gato tragón. Ya quisiera que muriera.

—Estás loca, Carmen. Esas cataratas no te dejan ver ni pensar bien. De seguro ni compraste tocino o ahí está y no lo ves. ¿A poco siempre le echas tocino a las alubias?

Carmen refunfuña y mira con coraje a su marido. No dice nada.

Una manecilla apunta al cielo y la otra al infierno. El gato regresa a la cocina y vuelve a maullar.

Querida Lucy,

Te escribo porque he notado que tienes dos manos pero sólo me acaricias con una. ¿Por qué sólo me das la mitad de tu amor? Mi espíritu se está quebrando.

También quiero decirte que me gusta mucho cómo me acaricias la panza pero te tengo que recordar que sólo puedes acariciarla dos veces. Una tercera vez y tendré que arrancarte la mano como parte del protocolo gatuno.

Tu sentido gato, Ron.

Por: A. Perrillat



E de Emilio que no se podía morir y era lo único que quería

Por: Santiago Gómez

La primera vez que Emilio murió, fue un día que lo pisotearon en la calle lo suficientemente fuerte y las suficientes veces como para provocar su muerte.

Las manifestaciones siempre habían sido algo peligrosas, pero ésta se llevó el premio mayor. Emilio estuvo sangrando en el suelo un momento y después una luz blanca lo cegó. Tenía miedo, cuando dejó de sentir los límites de su cuerpo, supo que había llegado el final. Para su sorpresa, se despertó y su cuerpo ya no presentaba ningún daño. Se alegró inmensamente: ¡estaba vivo! Caminó de regreso a casa, cantando y bailando de felicidad.

La segunda vez que murió fue por un balazo. Se encontraba paseando por una banqueta desolada, cuando Emilio vio en el jardín de una casa algo brillante, ¿a lo mejor un reloj? Decidió entrar a ver qué era, pero el dueño le disparó en el costado. Esta vez regresó a su casa, aunque con dolor y arrastrándose. Cuando llegó, se tiró al lado de una maceta y comenzó a pensar en todo lo bueno que le había pasado en la vida, lo que había conocido y probado. Finalmente sintió que estaba listo para despedirse de todo y, con un suspiro, cerró los ojos. Sólo para despertarse media hora después.

Esta vez no agradeció el estar vivo. Pensó que era o muy afortunado o muy desafortunado para no poder morir como alguien normal. Se levantó rápidamente y checó las heridas de todo su cuerpo, pero no había ninguna: nada que sugiriera que media hora antes moría.

En tan solo dos semanas se olvidó del peculiar problema.

La tercera vez que Emilio murió, fue por caer de la ventana de un edificio que algún descuidado había dejado abierta. Estaba en una oficina,

persiguiendo a un ratón, cuando tropezó y cayó cuarenta y ocho pisos. Pasó todo tan rápido que no le dio tiempo de pensar. En un abrir y cerrar de ojos su cuerpo ya estaba aplastado, sus órganos por todo el suelo.

Despertó otra vez, harto. ¿Cuántas veces tenía que morir para *morir*?

Se fue a su casa enojado e intentó suicidarse, pero no funcionó. Después de tres roces con el más allá, lo que más quería Emilio era morir, descansar pacíficamente debajo de la tierra. Sus días los pasaba amargamente, cargando esa cruz de la inmortalidad que por años gente se ha empeñado a buscar pero, él sabía, era una maldición. Intentó suicidarse otras cuatro veces, por lo cual revivió cuatro veces más. Ya no tenía ganas de vivir o de cualquier otra cosa, por lo que Emilio se escapó de casa y fue a vivir en las calles. Hizo buenos amigos y conoció a gente mucho más interesante comparados con los de su vida acomodada.

En el último día de su vida, Emilio caminaba por la misma calle en donde había muerto la primera vez. La gente lo ignoraba, pues tenía un aspecto horrible. Estaba sucio de tanto dormir en la mugre. Sus ojos no invitaban a nadie a acercarse. Esos mismos ojos que en el último segundo de su vida vieron un camión aproximándose hacia ellos a una velocidad anormal. La última sensación en la vida de Emilio fue la de sus huesos rompiéndose contra el camión, sus vísceras volando por todas partes, su cráneo aplastado. No hubo dolor, solo felicidad. La imagen que concluyó su vida fue la parte de abajo del camión alejándose tranquilamente como si el chofer hubiese sabido que Emilio quería morir, que el atropellarlo fue más un favor que algo para preocuparse. Y después, ninguna luz, solo negro.

Un gato te mira

Por: Roxana Elvridge-Thomas

Si logras que un gato te mire a los ojos
y miras muy fijo en los suyos
y sientes que el oscuro ronroneo
pasa a tu cuerpo
y vibra cuando respiras
y ves que no es confuso,
sino parte de tu piel y tu mirada.
Y ves más fijamente
y los colores de su iris van cambiando
y brillan. Pero en el centro
la pupila, alargada, crece
y se entreabre
y te muestra
sus jardines, los rumores que lo inundan,
los pliegues pequeñitos de las cosas
que son grandes y flexibles y misteriosos
y te llevan a otros mundos, con colores y sonidos
y sensaciones que no sabías que existían.
Pero si te asustas
y cierras los ojos,
pierdes el mirar fijo y el ronroneo.
Y él parpadea
y se cierra esa puerta
hasta que vuelvas a lograr
que un gato te mire a los ojos

y mires muy fijo en los suyos.

II

Tirado de barriga
frente al gato tirado de barriga.
Mi cara en su cara
sus ojos en mis ojos
y las dos narices juntas.
Como espejos.
Como sombras.
Porque el gato es negro y es como mi sombra
pero sus ojos brillan y dicen cosas.
Dicen que la luna no es un foco ni un conejo
pero sí un ojo de gato que reluce
y que a veces, como él, se duerme.
Y todos los gatos se llaman como el gato,
con su nombre secreto
que me dice suavecito
en su lengua
para no olvidarlo.
Cuando tañe una campana
se abre un camino en el aire
y una llama cruza entre los vientos
mientras reverbera el eco.
Cuando tañe una campana
un cuchillo alado parte en dos el tiempo
y abre una grieta luminosa
por donde se cuelan pétalos y aromas
y un calorcito se respira
y late dentro de nosotros.

Cuando tañe una campana
las estrellas se detienen un momento
a escucharla
y las bestias aspiran su presencia luminosa.
Cuando un gato te mira muy fijo
y maúlla alto, claro, diciéndote un secreto,
tañe una campana entre los pliegues de los mundos.

Un gato luminoso deslizó sus huellas por mi sueño,
rondó el espacio en el que habito,
encendió con rumores las bujías
que pensaba fundidas para siempre.
Trajo en las pupilas el remedio
que ayuda a atravesar todo abismo.
Entre el pelo de su lomo
vivía una legión de seres asombrosos
siempre listos para el tósigo, las alas
y el balance sempiterno de las lunas.
Su luz alimentó los pliegues de estos muros,
hizo cóncava la almendra en que reposo,
bordó mil manantiales al contacto de sus patas.
Ahora, que emprendo nuevamente la marcha,
vuelvo el rostro hacia el lugar donde solía morar
y veo al gato iluminando la ventana.
Cierra los ojos.
Comprendo que se ha ido.

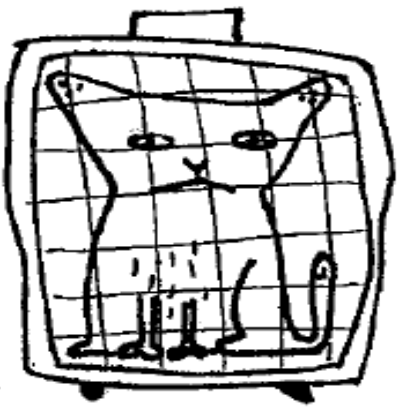
Tom,

Soy Pin. ME ESTÁS MATANDO. Sé que amas a tu novia. Yo también.

Pero no seguiré aguantando que cada vez que ella viene a visitarnos me pongas EN UNA CAJA CONFINADA con unas pequeñas rejas. Escuché que era debido al poder de LAS ALERGIAS.

Investigaré más al respecto y buscaré una forma de utilizarlas a mi favor.

Tu claustrofóbico gato, Pin.



Por: A. Perrillat

El mejor de los espectáculos

Por: Mateo Mansilla Moya

Se abre el telón. Al centro, salpicada por las gotas de luz que del sol se escurren por la desgarrada lona de la carpa, una jaula encierra un enorme gato montés y una caja de cristal llena de agua. El gato, abrumado por la mirada de los espectadores que se esconden tras la ausencia de luz en las gradas, se echa a un lado de la caja de cristal que comienza a agitarse.

La gente se estremece cuando percatan que, dentro del agua, hay una persona atada de pies y manos que intenta liberarse de las cadenas que lo mantienen sumergido, impidiendo que respire.

Resuenan los tambores. Desde las gradas, se observa la silueta de una trapecista que se lanza de lo alto, da giros en el aire y, con un pedazo de tela, cubre la parte desgarrada de la lona. Por unos minutos, el interior del circo queda envuelto por un manto de oscuridad.

Los susurros de los intrigados espectadores se coordinan con los aleteos de las moscas que vuelan sobre el gato montés, hasta que reina el silencio total.

Se cierra el telón.

La trapecista, girando nuevamente por el aire, descubre la rasgada carpa.

Los espectadores apenas observan sombras.

Resuenan los tambores.

El telón se abre nuevamente. Al centro, salpicado por las gotas de agua que escurren de la caja de cristal, un gato observa el cuerpo inerte del escapista ahogado.

Se cierra el telón por última vez. Una audiencia de ecologistas se levanta: gritan y aplauden eufóricos.

Cat-lover

Por: Audrey Rodríguez

Mi gata se ha enamorado de mí: ese es el predicamento que me ha atormentado en los últimos días. Las señales son claras y sé que no es ninguna clase de malentendido, al fin y al cabo es demasiado obvio para ser una simple coincidencia. Hace exactamente dos semanas empezó a mirarme con otros ojos, que no eran los de una gata que ve a su amo. Frotaba su cara contra mi abdomen y yo sentía su respiración a través de la ropa. Se paseaba entre mis piernas y se restregaba contra ellas mientras movía su cola de manera provocativa y ronroneaba. Se recostaba en mi regazo mientras yo, sentado en el sofá, podía sentir el calor de su cuerpo y sus movimientos cuando se acomodaba amasando con sus patas la zona de mi entrepierna, estimulando mi miembro por encima del pantalón. Me ha estado provocando. Lo hace intencionalmente.

No es coincidencia que haya comenzado hace dos semanas. Esa día llegaron los papeles del divorcio. En cuanto los vi en el buzón me apresuré a abrirlos y leerlos, tomé una pluma para firmarlos y, aunque vacilé un poco, no pude evitarlo., Ella me observó cuando lo hice, como si lo hubiera estado esperando desde hace mucho tiempo. Eran doce años de matrimonio que se perdían con una firma.

Comenzó a portarse provocativa conmigo desde aquel momento, no pudo ser casualidad, estaba esperando su oportunidad, paciente, sin prisas. Durante los seis años que vivió con nosotros no había actuado porque sabía que yo era un hombre casado, pero ahora la situación era distinta. Si hubiese intentado algo antes de ese día habría sido adulterio. ¡Qué horror! ¡Impensable! Pero todo terminó en cuanto puse mi firma sobre los papeles, ahora podía acercarse cuanto quisiera sin infringir las leyes del matrimonio,

¿qué debía hacer yo? Es decir, ella sólo tiene seis años, ¿acaso eso no es un crimen? No quiero ser como esos hombres que frecuentemente aparecen en la televisión, en los programas policiacos, esos que pasan sus días acosando menores por internet o espiándolos desde fuera de las escuelas. Solamente de pensarlo siento un escalofrío que recorre mi cuerpo de pies a cabeza. ¿Qué diría mi familia cuando llegara a una fiesta familiar con una chiquilla de seis años como mi pareja? ¿Qué dirían mis padres el día que se las presentara? ¿Qué dirían mis vecinos cuando me vieran caminando por la calle con ella o nos escucharan por las noches mientras consumamos nuestro amor? ¿Una relación con una menor de edad? ¡Impensable!

No es lo único que me molesta. Ella, como ya dije, fue muy agresiva a la hora del coqueteo; no creo que sea correcto que una hembra se le esté insinuando al hombre como una cualquiera. Ellas siempre tienen que ser recatadas, guardar su moral, ser modestas y femeninas, así como esperar que sea el hombre quien tome la iniciativa. Realmente me irrita, no me imagino una relación donde yo haya sido el cortejado ¿Qué será de mi orgullo? Se me caería la cara de vergüenza frente a mis amigos. ¿Que ella me corteje a mí? ¡Impensable!

No quiero que se piense que soy un chapado a la antigua, pero la realidad es que soy un recién divorciado y a ella parece no importarle y continúa provocándome inmoralmente, ¡qué falta de sentido común! Todos saben que debe pasar un tiempo determinado antes de entrar en una relación después de separarse. Ya me imagino a la gente hablando a mis espaldas, diciendo cómo en verdad no amaba a mi mujer y que solo estaba esperando el momento en que acabara mi matrimonio para buscarme a otra. ¡Oh, pobre de mí! ¿Una relación justo después de mi divorcio? ¡Impensable!

¡Qué dilema, Dios mío, qué dilema! No quiero decir que no sea un mal partido, si dejamos de lado todo lo anterior. Ella ha estado a mi lado por seis largos años. Incluso después de que mi mujer me dejó, ella seguía ahí. Para ser honesto, es mucho menos molesta que mi ex-esposa: ella

nunca se ha quejado ni por mis escandalosos ronquidos nocturnos ni de mis problemas con el alcohol, de mi pobre salario o que ensucio la taza del baño. Pero, como dije, es un buen partido sólo si dejamos lo otro de lado.

Y ahí está el problema: no puedo.

Le doy vueltas en mi cabeza y sólo puedo escandalizarme. Una relación con una menor de edad que fue producto de su cortejo agresivo, poco modesto, no femenino e inmoral. Yo recién divorciado. Sólo me viene a la mente una palabra para describirlo: ¡Impensable!

Oye, Miel

Soy Pixie. Estoy *muy* preocupada por ti. He notado que cuando llegas a casa y salgo a saludarte comienzas a hablar *como bebé*. También me haces preguntas obvias y ridículas. Creo que es momento de empezar a considerar un posible *retraso mental*. Si vuelvo a escuchar "quién es mi gatita" una vez más, me volveré loca.

Es URGENTE que vayas con un doctor ya que temo por mi vida bajo tu cuidado.

Tu atentísima gata, Pixie.



Por: A. Perrillat

Más vidas que un gato

Por: Luis Moisés Palacios Escobedo

Los motivos de su viaje no fueron más interesantes que un simple trabajo en laberintos de oficinas sin ventanas. Al heredarme su relato, nunca quiso desprestigiar la pequeña ciudad mágica que visitó, por lo que no mencionaré su nombre y así los aventureros no temerán adentrarse en esta región misteriosa por advertencias que puedan nadar en su imaginación.

Me confesó que lo único disfrutable de viajar era la geografía y el buen clima, perderse en callejones de roca pisada por dinosaurios, la lejanía del concreto frío y de arquitectos dedicados a diseñar habitaciones de manicomio, los ataques de chispas coloridas contra las retinas acostumbradas al gris de los gallineros metropolitanos y la inocente estancia de un mes que no permite ver más de un millar de asesinatos en televisión.

Dijo que si algo odiaba de viajar, era verse obligado a probar comida desconocida. Y no era una manía contagiada por guerras campales surgidas ni que si la quesadilla lleva queso o no, de echarle salsa de la que no pica o que la técnica correcta de añadir limón a un platillo es colocarse la comida en los ojos y presionar el mismo limón en direcciones aleatorias. Simplemente creció mimado de comer su santa voluntad, cumplida por su abuela y madre, y no tenía ánimos de probar una mesa distinta. Nunca tuvo las suficientes novias y suegras que complacer con esa lengua, a estas últimas para decirles que la crema de zanahoria era una delicia. Decirle a una suegra que no te gusta su comida es tan imperdonable como abuchear contra la Sinfonía n. 5 de Beethoven.

"Yo sé que soy payaso. Si la gente dice que un platillo es bueno, les creeré, aunque estoy seguro que no me gustará en el noventa por ciento de los

casos", me dijo en una ocasión. Le dolía en serio ofender cocineros, pues en persona es un joven amable y nunca era su intención despreciarles la comida. Bendecía las manos de quienes preparaban la comida al mismo tiempo que se persignaba para no vomitar los sagrados alimentos. En los viajes prefería comer en establecimientos de cadenas estadounidenses con el mismo sabor desde el Polo Sur hasta Atlantis. "La verdad es que yo podría vivir de puros cocos", me decía.

En este capítulo de su vida comió un platillo que soporta en todo el mundo, menos en China: arroz con pollo cantonés. No es una exquisitez al nivel de la manzana de Eva, pero se llegaba caminando al restaurante dos cuadras desde su departamento.

Lo que le agrada de los restaurantes de comida china es su parecido singular a las cadenas que recorren los rincones del globo terráqueo, porque en su nombre se escriben dragones y siglos, siempre habrá un niño leyendo periódicos en tres idiomas (en el asiento sin costuras de la esquina), el mismo número de peces en un tanque de agua verde y la plácida atmósfera de luz caliente y amarilla.

Le extrañó haber disfrutado el pollo cantonés y no habría de dejar un solo grano de arroz sobre el plato. Fue entonces cuando comenzó el episodio insensato de su viaje. Luego de unas horas, una potente tormenta se desplomaba en su intestino, un dolor punzante le recorrió las arterias y electrificó su cabeza. La vista nublada, en conjunto con una extrema sensibilidad en sus manos y pies, y una sensación fantasmagórica de ser una bolsa sin huesos, le evitaron navegar en sus cinco sentidos.

La revelación llegaría a su cuenta cuando el dolor intestinal se transformó en suaves vibraciones acompañadas de un ligero sonido de motor. Un eco que reconocía con exactitud, en el mismo idioma a pesar de encontrarse en otro país donde lo escuchó por primera vez: su estómago ronroneaba.

Me dijo que le dieron gato por liebre, que se le cumplió el mito que en esos restaurantes te sirven hasta demonios de Tasmania. Aquella noche el doctor

nunca contestaría y, cuando los dolores desaparecieron, tuvo visiones ferales y atroces de tiempos capturados en ojos esmeraldas de pupilas verticales. Al inicio las monumentales pirámides reflejaban el poder del halcón solar, los esclavos caían de rodillas al pasar ante ellos, fue guardián de lo único más sagrado que él mismo y su imagen se inmortalizó en la roca, hasta que un príncipe que regresaría como esclavo llegó con las plagas, la oscuridad y hubo de partir los mares. Esa fue su primera vida.

Vio los templos construidos sobre pilares blanquecinos, el nacimiento del hombre que mató al mismísimo León de Nemea, y comenzó a reemplazar a la comadreja y al zorro en las fábulas, hasta que fue atrapado por el castigo del dios del rayo cuando lo atrapó en de sus incontables aventuras.

Se trasladó al momento en que comenzaron a incinerar a sus hermanos, con ideas de brujería y de demonios que no podían controlar, hasta que llegaron los sanadores cabeza de pájaro a redimir los pecados de aquella gente cuya piel se tornaba del color de la muerte. Pero estos humanos nunca aprenderían, y sintió el fuego de otro tiempo, atado al mástil de una plaza pública, y de una vida a otra fue rebajado de sagrado a ser un servidor de lo maligno.

Presenció cada ratón atrapado por las cuchillas en sus patas, los escapes de las fauces de los perros, todos los viajeros a quienes les dio mala suerte al pasar frente a ellos, al hombre que le teme a los ojos blancos, las cajas donde se resguardó de las tormentas eléctricas y las cubetas de agua fría arrojadas de espanto por vecinas. Lo vio todo, hasta perder la cuenta de las vidas que ya habían terminado en el momento en que sintió el hachazo del empleado de la comida china.

Cuando se despertó no pudo darse un rutinario baño de agua caliente, sino que comenzó a lamer toda la piel con una flexibilidad codiciada por los cantantes más extravagantes del rock, porque se limpió lugares que todo hombre ha intentado alcanzar en vano. Tampoco compró un desayuno, pues habría de cazar al ratoncillo que fastidiaba con sus chillidos todas las

noches de insomnio. Tuvo repentinas ganas de alcanzar los lugares altos de su departamento, tumbó sus libros con una indiferencia de desgraciado, rompió las lámparas para saber cuál tronaba con mayor fuerza y de un salto arrancó todos los adornos colgantes.

La agilidad de sus movimientos le hizo sentir un letargo irreal. Para comprobar que no seguía siendo parte del sueño, se lanzó por las escaleras una, dos, tres veces e invariablemente caía de pie con perspicaz elegancia. En aquella condición de esquizofrenia, no supo si entrar de lleno contra el alcohol, la cocaína o el catnip. "Definitivamente debía buscar un doctor, o quizá era mejor un veterinario", me dijo. "Posiblemente un antiguo chamán egipcio o a un sacerdote que aún crea que los gatos son bestias demoníacas". No sabía con exactitud si el gato vivía dentro de él y qué facción tomaría control total del cuerpo, si la humana o la felina.

Se decidió por buscar al médico, aprovechando que todavía conservaba su apariencia humana. Con lo presenciado, fue justo que se imaginara siendo maldecido al estilo del hombre lobo: maullaría a la luz de la noche en la puerta de una señora gorda y ésta lo alimentaría con intenciones de agregarlo a su ejército de gatos rescatados de la calle y en la mañana huiría convertido de nuevo en hombre.

Al salir del edificio de su departamento, caminó esforzándose por mantener la postura de dos patas. Percibió un apestoso olor, la humedad andante de un saco de pulgas, un viejo enemigo. Una jauría de perros callejeros se le echó encima, le dieron un recordatorio de lo que era quemar gatos por la Santa Inquisición, afortunadamente fue ante la imagen humana y los vecinos lo rescataron a punta de garrotes y pedradas.

¿Estás bien? le preguntaba el público. Pero no pudo contestar, pues tenía algo atascado en su garganta, un cúmulo de púas y agujas. Tosía a modo de vomitar. Lo hizo varias veces hasta que una bola de pelo fue expulsada de su garganta. Siguió tosiendo hasta que la flema liberadora se hizo presente. El gato fue vomitado desde sus entrañas y, bañado en fluidos hirvientes,

corrió hasta escaparse de la vista, se fue a recorrer el mundo de nuevo con su semblanza faraónica. Luego él me explicó que en otro de sus viajes descubrió que en algunos países los gatos tienen siete vidas, y en otros nacen con nueve, y que en aquel restaurante no lo mataron las veces suficientes para que no despertara en su intestino. Y les juro que regresó a su vida normal, hombre y felino permanecieron en destinos separados, aunque desde entonces él me dice que siente como si le quedaran dos vidas por delante.


Itzel Reyes



El funeral de Don Quijote

Por: Audrey Rodríguez

¡Triste destino el de los hombres!
¡Qué pena me dan!
-August Strindberg

¿El héroe está muerto? Esta es una de las constantes preguntas que me hago al observar mi contexto histórico. Estoy seguro que no soy ni el primero ni el último en preguntármelo. Cervantes en el siglo XVII ya vislumbra esta posibilidad y lo plantea en su novela insignia *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha.* Incluso en la actualidad, fenómenos como la muerte de Superman, son una derivación del pensamiento barroco al que una realidad desnuda y cínica nos fuerza, y que es muy similar a la que impulsó a Cervantes para escribir sobre el famoso manchego.

Don Quijote sí que es un tipo desafortunado. A lo largo de sus dos tomos, las desventuras y las burlas lo siguen gracias a sus valores fuertemente arraigados. Es tratado como un loco porque para los desencantados ciudadanos de España en el siglo XVII el ideal no es más que eso, una locura. Debo admitir que no difiero. La muerte del Quijote en la obra de Cervantes es como las ejecuciones públicas: sirvió —y aún sirve— para poner el ejemplo. Es una advertencia a los idealistas: la realidad es como un gran muro con el que habrán de chocar, serán ridiculizados y apedreados por la misma. El bien no vence al mal y el ideal es la perdición de aquel que lo busca. Finalmente, Don Quijote recupera su cordura y vuelve a ser Alonso Quijano. Este regreso representa la muerte del héroe clásico. Don Quijote fue descalabrado y tumbado de Rocinante por la realidad y no pudo volver a montar. Representa el desencanto. Don Quijote es un anti-pícaro: el pícaro

debe adaptarse a la brutal sociedad a través de la crueldad y el engaño. Don Quijote hace lo contrario: se enfrenta a las fuerzas superiores de lo real y por ello ve su muerte. La obra es uno de los retratos mejor pintados del ser humano en la sociedad y del ideal sin sentido, con sus trazos tragicómicos y sus tonos que oscilan entre marrón y mostaza.

No es rara una lectura contemporánea del Quijote de este tipo. El Barroco español está lleno de obras con matices nihilistas disfrazadas con un didactismo que se presume evidente. Son obras que encaran, en palabras de Fernando Rodríguez de la Flor, "el escepticismo radical, el pensamiento nihilificador y las estrategias disolventes y melancólicas". Muy relacionado con el Quijote está La vida es sueño, pues ambas son un cuestionamiento al tejido de la realidad y el sentido de la misma. Ambas retratan el sinsentido, el drama de Calderón con el desprecio de lo terrenal a través de una máscara de discurso teológico y el Quijote a través de la tragedia sobre el destino mortal del ideal español disfrazado de parodia.

Don Quijote murió por el bien común. Vivimos velándolo permanentemente por todo lo que él representaba. Es el anhelo inalcanzable de la humanidad y murió para crear la conciencia de su imposibilidad y las consecuencias de su búsqueda. Es una exaltación de lo pícaro y una obra donde la sociedad demuestra su capacidad como fuerza imperante sobre lo utópico. Visto desde esta perspectiva, la obra puede parecer desalentadora, pero es precisamente por eso que captura la esencia fatal de la realidad.
El luto por Don Quijote es la separación de lo inalcanzable y el ser humano.

Negra: **La creación del *yo* entre la maleza**

Por: Carlos Yabib

"Beso de fuego y goce de mestizo, canción de cuna en criollo. [...] Pocos saben cuánto vale ser liberta, cuánto pesa defenderlo día a día"[1]. Es a partir de sendas reflexiones como la apenas citada que la protagonista de esta novela, Nirvana del Risco, construye, transforma, precisa y evoluciona las sombras que se proyectan desde nuestra realidad para permear en la suya. Ella encarna eso que nosotros no podemos ser, que no nos permitimos o se nos prohíbe. Desde cómo experimenta su condición de mujer orgullosamente negra, hasta su modo de vida contestatario, libre de tabúes sexuales, religiosos, caracterizada por jamás inmutarse ante ninguna adversidad sino por levantar la cara y mirar al abismo sin miedo. A lo largo de 322 páginas, Wendy Guerra hila en *Negra* una verdadera oda a la condición humana ante la represión, mostrándonos a una mujer cuya búsqueda no sólo radica en constituir su personalidad sino en reafirmarla dentro de un mundo que intenta sosegarla.

Lo que el Marqués de Sade o Henry Miller hicieran con otro tipo de literatura, cuyas exploraciones destilaran los deseos carnales más rocambolescos del ser humano, aquí se nos presenta montado en las frágiles curvas de una caribeña a quien, de primera vista, quizá creeríamos hundida en el exotismo latinoamericano tradicional, donde encontrarse a otras mil y un mujeres cuyos atributos físicos y psicológicos sean similares representa una tarea fácil. No obstante, Wendy Guerra evita este reduccionismo empobrecedor al construir un bildungsroman (o novela de formación) excepcional, cuyo ritmo narrativo logra, sin problemas, destacarla sobre el resto. De esta manera realizamos un viaje junto a Nirvana, lo mismo externo que interno, ahondando siempre en las implicaciones de cada encuentro,

1 Guerra, Wendy. *Negra* p.11 (Anagrama-Colofón, México, 2013)

cada enseñanza, cada descalabro y cada pérdida.

La historia, tejida con los ecos de una veta narrativa cuyos protagonistas siempre embarcan en búsquedas que les permitan encontrar algo de luz entre la oscuridad, supone pautas similares a las que conforman, por ejemplo, El hombre invisible de Ralph Ellison, donde un hombre negro busca su lugar en los constructos sociales a principios del siglo XX en Norteamérica, lo mismo que en obras mucho más inmediatas como *La maravillosa vida breve de Oscar Wao*, saga familiar donde Junot Díaz aborda distintas cronologías y problemas a los que un linaje dominicano se enfrenta en Nueva York o *Between The World And Me*, un relato epistolar del escritor Ta-Nehisi Coates a su hijo sobre la situación del estrato afroamericano en Occidente.

Resulta interesante preguntarnos por qué la literatura continúa encendiendo estas luces mínimas a través del tiempo sin importar la época o el color, para proteger y hacer prosperar estas voces como si fueran los brotes de una planta abriéndose paso entre las grietas del pavimento.

La Central de Abastos: todo menos aburrida

Por: Ghada E. Martínez Caballero

"¡Cuidado!, ¡hágase a un lado!, ¡ahí les vengo!, ¡quítate, pendejo!" Todo es bullicio: el ruido del comercio incesante. Las mejores ofertas son gritadas a todo pulmón por los bodegueros y el suelo retumba con los diablos que pasan cargando mucho más de lo sensato; los chiflidos de los cargadores hacen eco en cada rincón junto al golpeteo de miles de pasos recorriendo el lugar. Cada pasillo huele distinto pero todos se ven igual: innumerables bodegas a los costados, los chiflidos —que equivalen al claxon de un auto, y que, efectivamente, cumplen su misma función: que te quites, que te apures, que chingues a tu madre—, la descarga constante de mercancía y el murmullo ensordecedor que no se va. Los olores son penetrantes: huele a frutas, a verduras, a carne, a los tacos de la esquina, a las fritangas que están justo en frente, a especias, a basura, a demasiada gente.

La Central de Abastos de la Ciudad de México es el mercado más grande del mundo y el principal suministro de productos de consumo de la Zona Metropolitana del Valle de México. Inaugurada en 1982 por López Portillo, consta de 327 hectáreas con una capacidad de almacenamiento de 122 mil toneladas. 327 hectáreas de confusión, de tráfico, de alboroto y de variedad. Es una ciudad en miniatura y sólo la Bolsa Mexicana de Valores la supera en el flujo exorbitante de dinero que circula por ella diariamente. No hay algo que no puedas encontrar en la Central o en sus alrededores, legal o ilegal: desde carne y hortalizas, ropa y puestos de carnitas, hasta drogas y prostitución infantil. "¡Muévete!", me grita un cargador desde atrás y apenas me quito a tiempo para evitar que me atropelle. Pasa delante de mí y alcanzo a ver cómo seca el sudor con el dorso de una mano antes de subir la pendiente que conecta cada pasillo con el siguiente.

En la Central de Abastos trabaja como diablero cualquier hombre que sea capaz de llevar a cuestas el doble de su propio peso con rapidez. Muchas veces son menores de edad que no cuentan con prestaciones o con ningún tipo de seguro, pero que ganan $200 por cada caja de mercancía que logren transportar sin romperse algo en el camino. Contra lo que uno supondría, no son los bodegueros los que buscan cargadores que trabajen para ellos, sino al revés: los diableros son una asociación. Si quieres trabajar, rentas un diablito, pagas una comisión diaria y lo que sobre, te lo quedas o, si puedes, compras uno y le ofreces a los bodegueros tus servicios. Cada diablo se renta en unos dos mil pesos; todos están matriculados y tienen un seguro como si fueran autos. "Diablos El Chino" es la asociación más grande, al dueño todos respetan y nadie le roba. "Tsss no, uno no se mete con el Chino", me dice un diablero.

Diariamente llegan a abastecerse supermercados, tianguis y mercados más pequeños. La mayor actividad en la Central de Abastos ocurre casi siempre a oscuras. La jornada comienza a las tres de la madrugada con la subasta, que es cuando llegan los camiones con la mercancía por tonelada. Todos tienen que ponerse al tiro para alcanzar lo mejor y que no los trancen. Después de pesar cada camión —valuado en un precio que va desde los doce hasta los veinte mil, dependiendo la mercancía— los cargadores suben al camión para bajar, revisar y limpiar el producto. Lo que viene en cajas no es problema, pero las frutas o verduras que vienen a granel suelen llegar sucias, con piezas podridas y ratas, tarántulas u otros bichos. Las pencas de plátanos, al venir de árboles grandes, suelen llegar con culebras. Es trabajo de los bodegueros y cargadores tratar, limpiar y revisar minuciosamente la mercancía que se están llevando. A las naranjas, por ejemplo, suelen echarles gas para que maduren más rápido y les ponen cera para que brillen.

Me detengo frente a una bodega de naranjas, "¿qué vas a llevar, güera?", me pregunta la señora que atiende. Detrás de la mercancía que está a la venta puedo ver un gran contenedor, parece una jaula y tiene

muchos cepillos por los cuales pasan las naranjas para ser limpiadas antes de depositarlas por montón en otro contenedor. "Éstas acaban de llegar. Salieron re buenas", me dice la vendedora. Antes de irme, noto un gran altar a la virgen de Guadalupe en una pared. Lo adornan flores y veladoras. No he pasado por un solo negocio en la zona de frutas que no tenga al menos un altar a la Virgen.

Unos pequeños corredores llevan a los andenes, en los cuales se estacionan los camiones que llegan temprano. Al entrar a uno de estos pasillos, lo primero que noto es el olor e instintivamente me llevo una mano a la nariz. Hay desperdicios regados por todo el suelo, pudriéndose. Me detengo a mirar un gran camión lleno de jícamas y el cargador me observa interrogante. "Este... ¿le puedo sacar una foto al camión?", pregunto. "¿Pá qué?", me responde. Cuando le explico, aunque desconfiado, acepta y me deja tomar unas cuantas. Le doy las gracias y me alejo sintiendo las miradas de las personas que saben que no hago nada más que fisgonear. Vuelvo a los pasillos de menudeo. Diariamente circulan aproximadamente trescientas mil personas que compran o venden y, siendo un lugar con tanto flujo comercial y descuidado por parte del gobierno, no es extraño que haya tantos problemas de vialidad, de mantenimiento, de salubridad e inseguridad. Sería iluso pensar que no existen mafias o agrupaciones que operan y controlan distintos sectores. Casi todas las bodegas son negocios heredados y algunas familias tienen el monopolio de la venta de ciertos productos y no dudan en cuidar lo que es suyo.

Con tanto dinero circulando, la Central de Abastos es un foco de actividades ilícitas: prostitución, robos, narcomenudeo y juegos de azar. Es común que después de la jornada laboral, entre las seis y la diez de la noche, los bodegueros se junten a jugar y a apostar grandes cantidades de dinero. "No, sí, si por eso pusieron el Yak acá afuera, hay un wey que sólo tenía hornos y calentaba comida para banquetes —me cuenta el dueño de una bodega de mangos al que le pregunto sobre esto— y que un día fue a jugar

con toda la ganancia del día y perdió como quince mil baros en tres minutos, el cabrón".

Ya está amaneciendo y los débiles rayos del sol se filtran por los enormes paneles que hay cerca del techo. Después de un rato de estar aquí, ya me acostumbré a estar atenta para que no me arrollen los diableros. Suspiro, tengo hambre. Antes de irme, quiero unos tacos al pastor de un puesto por el que pasé hace rato, así que me echo andar. En el pasillo donde estoy, tres cargadores empujan sus diablos trabajosamente. Llevan muchísimas cajas de mamey y entran a una de las bodegas a descargar. Observo un momento el puesto y no puedo contener mi carcajada al leer uno de los letreros color rosa que sobresale en medio de la fruta: "Puro mamey chingón".

La Central podrá ser todo, menos aburrida.

Querido Mick,

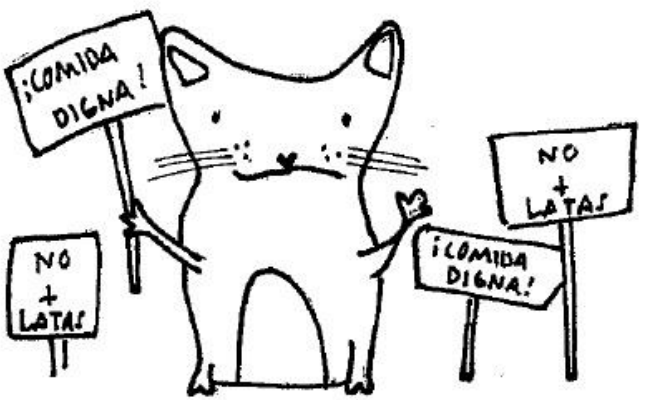
He estado vomitando en la alfombra a manera de HUELGA debido a esta gelatina café con la que me alimentas todos los días.

Si esto no funciona, quiero que sepas que formaré un SINDICATO con mis hermanos y saquearemos la alacena.

Espero podamos llegar a un acuerdo PACÍFICO, o verás.

P.D. Vi a Pelusi enterrar el cepillo y el limpiador.

Tu indignadísimo y más que harto gato,
Nelson.



Por: A. Perrillat

La suciedad de Raymond Carver en *Cathedral*

Por: Sara Odalys Méndez

"*Sandy's husband had been on the sofa ever since he'd been terminated three months ago*". La frase inicial del cuento *'Preservation`* de Raymond Carver sintetiza el contenido de su libro *Cathedral* y de su escritura.

Raymond Carver nació en Oregón, Estados Unidos, el 25 de mayo de 1938. Fue hijo de un padre alcohólico y de una mesera, características que reproduce en su literatura. Comenzó publicando algunos textos en revistas y periódicos, y en 1983 publicó *Cathedral* (Catedral), la antología que lo haría ganador del premio otorgado por American Academy of Arts and Letters y del premio O. Henry por su cuento *'A Small Good Thing'*.

Algunos críticos consideran a Carver el fundador del movimiento literario llamado 'Realismo sucio`. La corriente, parafraseando a Michael Hemmingson, apareció en los años ochenta. Surgió del minimalismo, creando una ficción con las menos palabras posibles y una concentración simbólica en los objetos. *Cathedral* contiene doce cuentos cortos a lo largo de los cuales Carver maneja las temáticas propias del movimiento: habla de personajes comunes y corrientes, trabajadores de clase baja, desempleados, meseras, alcohólicos y niños. Todos con la misma característica de trasfondo: el desencanto existente en una sociedad consumista.

'Preservation' es el cuento donde se pueden apreciar mejor los elementos a los que refiero. La narración cuenta la historia de Sandy, una mujer de clase media, cuyo esposo (sin nombre) queda desempleado y pasa tres meses en el sillón sin conseguir trabajo. El marido gasta sus días yendo a buscar empleo y leyendo un libro de historia que es parte clave de la trama. En él hay una foto de un hombre que se preservó en hielo durante dos mil años. Esta imagen es la metáfora que representa el tema del cuento: lo estático,

lo congelado. El esposo se ahoga en la depresión de la falta de trabajo. Es incapaz de seguir adelante. Se congela. Ni siquiera tiene un nombre propio. No lo merece: ha perdido el derecho a poseer una identidad. Sandy, en cambio, sigue llevando dinero a la casa: ella tiene un nombre. Ahora que su marido es un hombre tumbado en el sillón viendo la tele, no tiene derecho a ser considerado parte de una sociedad. No produce, no existe.

En cuanto a la forma, ésta también representa una reacción contra la sociedad moderna resumida en el Capitalismo. La reducción de los vocablos al mínimo es un reflejo de la lucha contra los excesos estadounidenses. Usar sólo las palabras necesarias, sólo los recursos indispensables.

Carver construye una literatura de posguerra que comparte características con las obras que surgieron tras el Holocausto: la desilusión ante una humanidad que ha caído como consecuencia de su desarrollo. Elabora literatura de combate: lucha contra los barroquismos en todos los sentidos, evidencia una realidad cruda que pretende embellecerse mediante la televisión y resanar sus vacíos con el consumismo. Carver crea un libro de suciedad realista, de congelaciones y ambigüedades.

La literatura tiene que ser más grande que el miedo: Martín Solares

Por: Carlos Yabib

Martín Solares, a sus diecisiete años, sufrió un secuestro exprés en la capital del país. Sus captores, usándolo como rehén, lograron forzar lasu entrada a casa de sus parientes durante una reunión familiar, obligándolos a entregar cuanto objeto de valor estuviera dentro. Si alguien llegaba a titubear apenas un poco, encontraría una escopeta cargada apuntando directamente al pecho del joven muchacho. Martín Solares se prometió a sí mismo que, si lograba salir vivo de ahí, dejaría de lado aquel plan propuesto por su padre para convertirse en médico algún día. Desde entonces ha puesto todos sus esfuerzos en aquello que más gusto le trae: la literatura.

Está próximo a volar hacia Tepic, Nayarit, a la segunda edición del *Festival Letras*, donde participará en mesas redondas tocantes al tema de la literatura policial. Al entrar en su estudio, se ve de golpe, a espaldas de su escritorio, un librero tapizado con portadas en distintos idiomas. Es una imagen repetida, a menor escala, en otros muros y cajas arrinconadas.

Carlos: ¿Por qué estudiar la realidad mediante la novela negra?

Martín Solares: Es un género que leí con muchísima curiosidad desde niño. Sospechaba que quizá es el único que busca, de una manera muy notoria y muy sincera, encontrar algo de verdad. De algún modo es un género que parezco conocer muy bien: he editado varias novelas negras mexicanas, algunas muy divertidas, y dirigí una colección en Océano llamada *La Puerta Negra* sólo de novela policiaca. También creo que nos permite explorar una sociedad como si fuera un cuerpo enfermo, tratar de averiguar con un caso

práctico si el ser humano está capacitado para reconocer la verdad cuando se topa con ella. Creo que en América Latina no tienes que levantar muchos tapetes para encontrar la verdad. Está casi casi a la vista de todos. Nada más hay que saber observar detrás de distintas capas de ficciones o mentiras, y después ver cómo la vas a contar. Me interesa la novela policiaca que trata de abordar personajes, ciudades y problemas contemporáneos de una manera creativa, como hacen Rubem Fonseca, Marcial Aquino, Andrea Camilieri, Mario Vargas Llosa en sus novelas policiacas o Henning Mankell; ese tipo de autores que construyen, además, un personaje vivo de las ciudades en las que habitan.

C: Siendo así, ¿qué aspectos resultan más importantes sobre la realización de una novela?

Martín Solares: Cada vez que escribimos no solamente debemos estar pendientes del tema, sino del lenguaje o de las palabras que estamos usando para contar la historia. Estoy muy consciente de que se trata de un tipo particular de hechizo que se va haciendo palabra por palabra, cuya búsqueda y esfuerzo constante consisten en crear una forma verbal similar a la nuestra. Dicen que los escritores siempre están haciendo la misma novela: terminas por encontrar al mismo grupo de personajes, a la misma familia. A mí no me interesa una literatura hecha con la punta de los dedos, sino una donde el autor busque disolverse en el lenguaje literario, donde cada palabra cuente y, si llegáramos a usar palabras gratuitas o falsas, el lector termine por cobrarlas. De otro modo, uno intenta caminar sobre el agua sin lograrlo, hundiéndose en el aburrimiento continuo, fallando así se trate de una campaña bienintencionada. Las novelas deben transmitir una experiencia de vida o muerte, deben exigirse mucho más desde el punto de vista literario, no sólo haciendo un recuento periodístico, sino trabajando la imaginación, tratando de averiguar el significado de nuestras obsesiones más oscuras.

Definitivamente, la literatura tiene que ser más grande que el miedo. Puedes contar cosas horrorosas pero tienes que solucionarlas y rebasarlas por vías literarias. Tienes que ser más veloz o más inteligente que los monstruos o debes poder aficionar al lector con esos ladrillos de horror, aunque el paisaje se halle devastado.

C: Esta búsqueda personal del escritor por construir su historia, por compartir un hecho incluso de manera un tanto obsesiva, ¿aparece también en tus escritos?

Martín Solares: ¡Claro! Cuando yo escribí *Los minutos negros* se habla de un crimen en específico que pasó en Tampico durante mi infancia. Cuando yo tenía unos cinco años la gente evitaba que los niños salieran más de lo necesario. Había un asesino al que llamaban *El Chacal*, quien secuestró y mató a varias niñas. En efecto fue un caso atroz que, como todos los grandes crímenes, permitía hacer una radiografía de cómo era la sociedad en que ocurrió. Veinte años después, me puse a investigar si existía ese personaje. Me concentré en la indagación a fondo y entrevisté a personas allegadas a las víctimas, a policías, médicos forenses y conductores de ambulancias, profesores y un reportero de nota roja, incluso al jefe de policía de la ciudad de Tampico, quien me llegó a amenazar de manera sutil pero eficaz. Durante nuestra plática me apagó la grabadora, llamó a sus guardaespaldas, pidió mis identificaciones y preguntó cuál era mi verdadero interés. Me dijo también, "sólo hay dos Solares en esta ciudad y tu papá no es el ingeniero. Dile que tenga mucho cuidado si sale tarde del hospital donde trabaja".

No se sintió cómodo con que estuviera escribiendo sobre un caso donde él había participado. La verdad sí me inquietó un poquitín, pero yo estaba obsesionado a pesar de los pesares. Hice un montón de entrevistas porque quería saber cómo serían esos personajes en mi novela y seguí escribiendo a lo largo de seis años más hasta que terminé. Normalmente, por cada una de mis novelas tengo siete u ocho cajas de libros que leí o investigué

conforme escribía. Es en esta primera fase informativa donde a veces considero estar arriesgándome más. En mi segunda novela prácticamente no tuve que investigar ni moverme de mi estudio. De una manera muy triste, algunas de las personas que conozco me empezaron a contar historias atroces de lo que estaba pasando en Tamaulipas. A partir de esas historias me fui obsesionando. Cuando menos me di cuenta ya estaba dentro de una novela enorme, más grande que la anterior, en la cual traté de contar no un sólo hecho criminal, sino *Un Gran Hecho Criminal*, que es cómo los delincuentes se apoderan del estado de Tamaulipas sin que la autoridad haga nada al respecto. Creo que la novela policiaca, si está bien hecha, ayuda a que vayamos asimilando por partes los distintos aspectos de la verdad.

C: Entonces, ¿cómo podrías distinguir esta búsqueda de la verdad en tu trabajo?

Martín Solares: A diferencia de otros novelistas policiacos que conozco, de mi generación sobre todo, yo no trato de hacer películas de Tarantino. Cada vez que alguien me visitaba cuando yo era estudiante en París, buscaba prepararle algo fascinante para cenar o para compartir con los cinco euros que yo tenía. Y en la literatura intento hacer eso mismo. El arte y la novela tienen una obligación: no solamente mostrar algo distinto a lo que uno encuentra en los periódicos, sino tratar de ofrecer al lector una ventanita, por mínima que ésta sea, que señale a un lugar distinto donde los personajes logren compartir sus emociones con quien los mira y puedan enriquecerlo, hacerle sentir el rasguño que las letras imprimen al verterse en papel. Si me saliera un experimento similar al de mis amigos tarantinescos, me pego un tiro. No me gusta la sangre ni la violencia ni, sobre todo, las balaceras. He estado en una, que me tocó en una de las ciudades más pacíficas del mundo, y no es nada agradable. Durante muchos meses cada vez que veía una en las películas, la apagaba. No podía soportarlas.

Ocurrió en París, pero eso algún otro día te lo cuento.

Universidad del Claustro de Sor Juana

y el Colegio de Filosofía y Letras
invitan

Gargantúa

El Colegio de Filosofía y Letras en colaboración con la revista Gargantúa, convoca a colaborar con obras creativas para el siguiente número de la revista cuyo tema principal será "Paganismo".
Para participar se deberán seguir los siguientes lineamientos:

1. Podrán participar textos creativos (ensayo, cuento, poesía y crónica) así como ilustraciones y fotografías (en formato jpg.)

2. Los textos deberán tener una extensión de una a cuatro cuartillas con interlineado 1.5, justificado y con letra Times New Roman a 12 pts.

3. Deberán firmarse con seudónimo. En archivo anexo se deberá incluir nombre y una breve semblanza del autor.

4. Las páginas tendrán que estar numeradas en la esquina inferior derecha.

5. Los textos enviados se deberán ajustar a la temática del dossier y no excede ni modificar el formato especificado en la presente convocatoria.

6. Los textos aceptados atravesarán por un proceso de corrección de estilo del cual el autor se verá comprometido a formar parte y a aceptar las correcciones pertinentes.

7. El comité editorial de la revista Gargantúa se reserva el derecho de dictamen sobre las obras.

8. Todas las obras deberán enviarse al siguiente correo antes del 25 de agosto del 2017:

i.delvalleg@a.elclaustro.edu.mx.